

Literatura

El universo romano de Veronica Raimo

DIEGO BARCALA

Acceder en tranvía en verano al barrio de Pigneto en Roma es un reto para exploradores decimonónicos. Las viejas cabinas verdes traquetean sin aire acondicionado desde la estación de Termini hasta llegar al vecindario que desde hace décadas atrae la vida bohemia de la ciudad. La puerta del bar Zazie Metro está plagada de todo tipo de carteles y pegatinas combativas contra la invasión de Gaza, el patriarcado, el capitalismo... Ahí nos espera Veronica Raimo (Roma, 46 años), una de las habitantes ilustres del barrio. En ese local escribió tras la pandemia *Niente di vero* (Nada es verdad, Libros del asteroide), un auténtico superventas con más de 100.000 ejemplares vendidos en Italia y más de 15.000 en España y Latinoamérica.

Raimo acepta entregar dos días de su vida a tratar de explicar todos los entresijos de su escritura: "Si realmente crees que a alguien le puede interesar. En realidad, estos días solo tengo que pintar una pared de mi casa", responde con esa encantadora ironía romana difícil de descifrar.

La primera parada comienza mal porque el Zazie Metro está cerrado por reformas. Por suerte la escritora ya escribió hace varios años un magnífico artículo en el que explica su divertida interacción con los habituales del local: "Un día a la semana celebran una reunión colectiva en el bar, y cuando el tono se vuelve más acalorado, se toma en consideración la antigua cuestión de leninismo frente a trotskismo, sin ningún tipo de ironía o sentimentalismo".

Junto a un sofá que hacía de cama de un sin hogar y una lista de Spotify en la que sonaba desde Mano Negra a Rage Against the Machine pasando por baladas de *free jazz* sureñas, Raimo escribió el libro de su vida. "He contado siempre en las entrevistas cosas que son un poco mentira. Bueno, directamente me he inventado algunas cosas. Siempre digo que el libro fue pensado para una obra de teatro, pero en realidad no fue del todo así. Antes de la pandemia tuve un ruptura sentimental con mi pareja, con la que llevaba 14 años, y me mudé de casa, pero con el confinamiento me aterraba vivir sola, así que volví a casa con mi ex y un amigo. Fue como la peli de Bertolucci [*Soñadores*] pero sin sexo. Nuestra casa se convirtió en una especie de refugio para los amigos del barrio. Supongo que esta decisión en pleno confina-

miento para evitar contagios tiene algo que ver con la germenfobia de mi padre", confiesa. Lleva un año de promoción dando todo tipo de respuestas sobre qué hay de verdad y de mentira en la vida de la protagonista, pero cuando revela detalles reales de su vida que también están narrados en el libro es imposible no interrumpir.

—¿Así que la hipocondria paranoide del padre en el libro es cierta?

—Sí, absolutamente.

Vero, protagonista del libro y *alter ego* de la autora, fue una niña maltratada por un padre colérico que vivía obsesionado con evitar que su hija entrara en contacto con gérmenes desde el desastre nuclear de Chernóbil. Los lectores gozan con las excentricidades de este progenitor que envuelve en papel de cocina a su hija para evitar que sude en verano durante un reumatismo. La consecuencia evidente en el comportamiento de la Veronica real fue marcarse "un Boris Johnson" compartiendo su casa en fiestas pandémicas con medio Pigneto. En la adolescencia, cuando conseguía zafarse de sus padres ultracontroladores, acudía a las calles en busca de experiencias con otras sustancias menos confesables. Y en su juventud aplicó cierta perspectiva punki con los rigores burocráticos de las becas universitarias que la llevaron a hacer de Berlín su segunda ciudad para estudiar el cine de la Alemania Oriental.

La primera que leyó el manuscrito de *Nada de verdad* fue su amiga Alice, que la desanimó. Le dijo que le faltaba un marco a la historia, lo veía inacabado. Un escritor en Milán que desencadenó sentimentalmente el libro le decía que estaba perfecto. Vero no sabía qué hacer y se lo mandó a su editora en Nueva York, que no lo pudo leer porque no sabía italiano. La vida de Veronica Raimo tiene estas cosas, una agente literaria de una escritora italiana que no sabe italiano. La conoció antes del triunfo de su libro, cuando escribió un exitoso cuento que acabó traducido al inglés.

Cenamos unos deliciosos *ner-viti* (cartílagos de ternera en vinagre), embutidos y queso con vino blanco típico del Lazio, en la Enoteca de la vía Macerata donde se produjo el momento que cambió su vida. De hecho, elige la misma mesa de la terraza donde de repente comenzaron a llegar múltiples respuestas de editoriales que querían publicar la novela. "Gracias al libro me he podido com-



Veronica Raimo, el miércoles en Roma. ANTONIO MASIELLO

prar mi casa, que comparto con la propia Alice", reconoce. Sin embargo, no se la ve muy feliz con su éxito. "¿Tú eres feliz? No sé", responde cuando se le pregunta.

Se percibe en ella una nube negra emocional que explica su búsqueda de refugio en Pigneto. Todos los traumas de infancia y juventud relatados con arte en *Niente di vero* han tenido duras

consecuencias para ella. Fantasmas que aparecen cada día. Antes del encuentro tenía prevista la entrega del guion de una película escrita a medias con su hermano Christian Raimo. Para los no iniciados en los hermanos Raimo se puede decir que el mayor de esta peculiar familia italiana recibió un descarado trato de favor por parte de sus padres siguiendo los pre-

ceptos del patriarcado más conservador. El niño era el talentoso, ella no. "Le pedí que escribiera el guion conmigo y una amiga, pero al final no ha hecho nada y hemos tenido una discusión".

Su hermano Christian es un personaje popular en Roma. Muy comprometido con la izquierda, fue concejal en el ayuntamiento y recientemente se presentó a las elecciones europeas por una coalición de izquierdas. Estos días vive pendiente de un juicio por haber insultado a un ministro de la presidenta Giorgia Meloni.

"Mi madre sufre muchísimo por que el éxito del libro no haya sido para mi hermano", confiesa en la terraza de uno de sus bares favoritos de Pigneto, la librería cafetería Lo Yeti. En verano en Pigneto casi hay más escritores que vecinos y esa noche todos deambulan por el parque, donde nadie presta atención a la construcción circular de más de 2.000 años que preside uno de los escasos parques del barrio. Es un mausoleo romano que en casi cualquier ciudad del antiguo imperio sería monumento nacional, pero en Roma es eso, un torreón. En un escenario dos jóvenes intelectuales charlan sobre literatura con la autora de un libro cuando el teléfono de Raimo se ilumina con la palabra *mamma*.

—Sí, *mamma*... sí... sí, no, no es un teatro. No sé, un dj... sí, sí... Ahora no puedo hablar. No, no puedo. *Ciao, ciao*.

La escritora suelta el teléfono alterada sobre la mesa. Efectivamente, Francesca es Francesca y esa madre es tal cual se cuenta en el libro. Vero muestra la pantalla de sus últimas conversaciones. Reiteradas llamadas perdidas entrelazadas con *links* de casas para que se mude a un barrio más tradicional y otros enlaces con noticias sobre la *influencer* Chiara Ferragni, a la que pone como ejemplo de empresaria y madre.

—¿Se enfadó cuando leyó el libro?

—Leyó la primera parte y me dijo: "Cuánto sufrimiento ¿no? Bueno, espero que te haya servido escribirlo". Y nunca más me ha vuelto a decir nada.

La intrahistoria de las relaciones de la novelista con su familia revela profundas heridas que todavía supuran. Necesita tiempo para encontrar el impulso que la siente en el ordenador para algo más que la tarea que la ocupa la mayor parte de su tiempo activo, traducir a Charles Dickens al italiano. Por los diferentes tipos de maltrato que Raimo relata en su libro podría explicarse su éxito como un retrato generacional feminista. Una sucesión de gritos de indignación contra el sufrimiento que el patriarcado ha infligido a hijas, hermanas, empleadas y novias como la protagonista del libro. Pero Raimo niega la etiqueta generacional porque el libro tiene un público más joven que ella (recibió el Premio Strega Giovani, entregado por adolescentes) y, a diferencia de su hermano, no le sienta bien el traje de militante. Aún menos las etiquetas.